AÑO LI. Sábado 24 de Junio de 1911 Núm. 14.867

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París, *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, *Mr. George B. Fiske*, 21-Park Row.—Berlín, *Rudolf Mosse*, Jerusalémer Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

✝

OCTAVO ANIVERSARIO

La Señora

D.ª Angelina Macabich y Sacristá

de Antón

Falleció el día 26 de Junio de 1903

La HORA SANTA que tendrá lugar el día 26 del actual de diez á once de la mañana, con exposición de su DIVINA MAJESTAD, en la Iglesia del Santo Hospital de Caridad, será aplicada en sufragio del alma de dicha señora.

Su viudo, hijos y demás familia, ruegan á sus amigos la tengan presente en sus oraciones.

Las víctimas de la aviación

En el circuito aviatorio de Europa, que ahora se verifica en Paris, han ocurido nuevas desgracias. Los aeroplanos, cuya estabilidad es dificilísima, siguen torciéndose al menor inconveniente; apenas varía su centro de gravedad, apenas se desequilibran, las complejas y airosas máquinas se precipitan á tierra; y, porque sus tripulantes se destrozan al caer, ó porque el motor los aplasta, ó porque la gasolina se incendia y los achicharra ó los asfixia, los aviadores siguen muriendo por docenas.

Pero se anuncian nuevos circuitos y nuevos premios. El número de aviadores aumenta cada día. La sangre de los héroes es fecunda se ha dicho.—¿Por qué no había de serlo, igualmente, la sangre de los héroes de la cultura y del progreso material? Cada víctima, aumentando el trágico prestigio de la profesión, añadiéndole la aureola vertiginosa del peligro, haciendo ver que se trata de un juego diabólico cuyas suertes extrema son la gloria y la riqueza ó la muerte, exalta las cabezas de los adolescentes, de los aventureros, de los hombres de genio y de ingenio y de valor que en una época como la nuestra, ramplona y democrática y burocrática, hubieran perecido ignorados. De entre todos los ambiciosos y también de entre los desequilibrados, el recluta, el prodigioso ejército de los hombres-pájaros. La suprema armonía del mundo, produciendo seres de todos los temperamentos, muéstrase una vez más aquí. Porque precisamente esa turba de aventureros, de hombres anormales, capaces de todas las audacias y de todas las gallardías, inadaptables á la vida regular y monótona de todos los días, se forma la legión conquistadora de los secretos de la Naturaleza, que un tiempo futuro serán patrimonio de los buenos burgueses, de los oficinistas, de todos los que ahora leen con estupefacción y con asombro la larga lista de los aviadores-suicidas.

Y esa es la maravilla vital que aplaca nuestra inquietud pesimista; de los impacientes, de los inadaptables, de los ambiciosos; de los inquietos, se hace una fuerza útil para la humanidad. Un día remoto los aeroplanos cruzarán el aire con la velocidad, con la seguridad, con la majestad de Aguilas, dominadores de los aires. Servirán de vehículo á las gentes más pobres y más pacíficas; contribuirán á hacer de las fronteras nuevas delimitaciones geográficas; transportarán los útiles que la vida exija en los distintos lugares del globo; dejarán en sus áereas estelas, como un hilo en el que se fueran tejiendo los anhelos y los amores de los hombres, dilatarán hacia arriba el pensamiento y el pensamiento de los moradores del planeta

Y este resultado se deberá á los maestros de la ciencia, que colaboraron en un trabajo sucesivo de investigación y de construcción metódica. Pero se deberá igualmente á estos cientos, á estos millares de muchachos valerosos y obscuos que creyendo luchar para enriquecerse á sí mismos; para satisfacer personales ambiciones, en realidad pelean por la liberación y por el mejoramiento de la vida de todos los hombres.

J. P.

La huelga de Jerez

Madrid 24 9 m.

Las últimas noticias recibidas de Jerez, dicen que el clerre general continúa igual que ayer, y que éste durará tres días.

La población ofrece un aspecto triste y amenazador.

Todo está cerrado, nadie trabaja, no habiendo periódicos.

E cierre de la industria y comercio es por tiempo ilimitado.

Se teme que mañana falte pan y comestibles.

El conflicto es gravísimo. Las calles están repletas de obreros.

Las carnes y pescados los siguen vendiendo los empleados municipales.

El gobernador ha conferenciado con los distintos gremios para llegar á un arreglo.

Thé-Timerías

Y sigue *todavía* nuestro jocundo y coruscante rotativo cartagenero anunciándonos la próxima degollina, y amenizando nuestra vida con su prosa petrolera.

Y es curioso el coraje que pone en vez de excitar al buen pueblo para que se enrabiete y haga una de *pópulo bárbaro*.

Pero como si nó. El buen pueblo tiene demasiada pupila para conocer el porqué de ciertas campañas y para llegar á la entraña de la sabia de ciertos canes.

Y claro es que una vez percatado, como lo está, de que se le busca, se le halaga y se le empuja á la revuelta callejera, solo para que caigan unos cuantos garbanzos más y algún hueso de jamón en el puchero del diputado por Calín, es natural que se aparte con asco, como lo hace de motivo tan liviano y tan prosáico.

El alma de las multitudes,—como la llamó Gustavo Le Bou,—necesita vivir con los aleteos del más puro romanticismo, y en sus estados patológicos como en sus sublimes desequilibrios nerviosos se mueve cuando es arrebatada ardorosamente por los amores de un ideal grande, y solamente así y cuando este ideal lo encarna un caudillo valeroso, es como se llega á la soberana exaltación; es como se conmueve; es como ama.

Pero díganme ustedes, si la despensa de un sugeto más ó menos apreciable, como ideal y la falta de valor del que quiere erigirse en caudillo, como mantenedor de una divisa grotesca y egoista, arrastrarán nunca un solo hombre, ni rizarán siquiera la calma serena y fecunda en que una sociedad vive y se desenvuelve.

Por eso consideraremos siempre, como ladridos de perros hambrientos á la luna todas esas excitaciones al motín, que en puridad de verdad no significan otra cosa, que el convencimiento que tiene nuestro *redentor* de que volverá muy pronto á la mediocre insignificancia, de que unos cuantos hombres generosos le sacaron.

***

Y sigue en Madrid nuestro joven diputado encarnando como los propios angeles, el sinuoso protagonista de "A fuerza de arrastrarse."

Sin que haya despacho de Ministro, ni suntuoso hotel de la Castellana que se vea libre de sus mantecosos movimientos de gusano.

Pero verán ustedes como el *Thé Times* no se entera de estas habilidades histrionescas, y para mantener el fuego sagrado entre los pocos bobos que aún le siguen, nos vendrá con la reposición del gran don Apolinario el Grande, y con el consabido y delicioso mar de sangre.

¡Verán ustedes!

***

Se nos dá la siguiente noticia, que vienen á confirmar algunos datos sueltos que ya teniamos.

Se nos dice, que la secta rusa de los *Skoptskin* ha sentado sus reales entre nosotros y está produciendo verdaderos estragos.

Esta secta que se llama de "los mutilados", la forman, como su nombre indica aquellos sugetos que estiman que ciertas mutilaciones constituyen un estado de suprema pertección.

Y nos aseguran que es tan sugestionante y tan atractivo el nuevo credo, que precisamente los primeros iniciados han sido aquellos que por su manera de escribir menos se creyera.

«Misterios del organismo,
que nunca la ciencia explica.»

***

Otra noticia.

Se nos afirma rotundamente que desde la nueva administración el *Thé Times* ó el *Mhé Times*, que para el caso es igual, marcha viento en popa.

Y que dentro de unos días se repartirá entre sus accionistas un divindedo activo de alguna consideración.

¡Hombre, tendría que ver!

PEPICO.

Optimismo

..¡Y pensar que tu boca divina
que es un nido de besos de amor,
se tendrá que trocar en ruina
por la ley de los años...!
¡Dolor
que lirismos y encantos ahuyenta
y en escépticos torna á los sabios!
..¡Yo, por eso, esta pena cruenta
la mitigo, en honor de Juventa,
escanciando la vida en tus labios!...

Esteban Satorres

Cartagena.

DE TODO

EGOLATRIA

(Apuntes para la historia de un gran hombre)

¡Mi apoteósis!

III

¡Anoche apareció en EL ECO mi primer trabajo! Mi casa está llena de gente desocupada, que acude á saludarme.

—Ha roto usted todos los moldes—me objeta un siete mesinos dispéptico.

—Qué notable es aquella figura de dicción, con que encabezas la perorata—declama un literato *corrido* del género *ostrícola*.

—Nada hay superfluo, ni ficticio—me dispara un joven cursi, que crée en el dorwinismo.

—Así se escribe: sin pelos en la lengua—despotrica un republicano fatalista, que le llama al Bloque "El Júpiter del Sol Naciente."

—Me gusta, porque las alusiones personales están veladas por un estilo dulzón y frívolo—musita un sesudo diplomático, que se perece por las *buenas formas*.

—¡Soberbio! ¡Definitivo! ¡Inconmensurable!—repite un *maestrista* que ha jurado beber la sangre de Vaso en un idem de oro, con guarnición de diamantes americanos.

—¡A degüello, hay que tirarle á degüello!—aconseja un concejal ex-retraido, que ha empapelado el jardín de su mansión señorial, con los números de "La Tierra" referentes á los Bancos.

—Al pan, pan, y al vino, vino—exclama un rebelde desengañado, que ha exhibido su oronda desfachatez, en todas las procesiones cívicas, organizadas por el santón de los Alcázares.

—Te luces, querido, te luces—refunfuñó un militar retirado que se dedica á proteger á los catecúmenos sin padrino.

—¡Me cachis! Z lo que vale este pimpollo!—vocea un adullo expansivo y francote, que envidia los atractivos extrínsecos de Apoli.

—¡Qué versos! Me han llegado muy adentro!—balbucea una sardina-arenque, lacrimosa y efusiva, que se descuaja por las novelas sentimentales y por los poetas serios.

—Está bien, para ser de un novicio: pero hay que afinar, que pulir,—concluyó un destripa cuentos, un agua fiestas, un crítico mordaz, que ostenta en su escudo esta cruel divisa:

"Pega al que te paga."

—Señores, estoy cohibido,—contesto yo á mis adoratrices.—El bombo me aturde, mi cabeza estalla. Gracias por tanta indulgencia. Decidme por escrito lo que acabais de expresarme en rotundas frases: formad con ellas un album-recordatorio, y ofrecédmelo en un acto público y solemne, en el Teatro de Verano, después de la sección sicalíptica. He dicho.

—¡Bravo! ¡Viva nuestro Director espiritual!—responden cien entusiastas, adiestrados en banquetes, meetings y francachelas.

. . . . . .

Cambio de decoración. Acabo de celebrar en familia mi colosal triunfo. Los restos del banquete, publican la prodigalidad de mi rancia estirpe. Las caras congestionadas, y las lenguas estropajosas denuncian el abuso de los manjares y de los vinos.—No ha habido brindis; hubo un silencio sepulcral, una pausa prolongada, que el afecto llenó de pensamientos, cuando llegó el periódico con mi artículo. ¡Mi nombre en letras de molde! ¡Oh qué apoteósis! Mi hijo mayor lee *mi crónica, mi capricho*, entre grandes ovaciones. Me desmayo de gusto! Mi bondadoso padre escucha sobrecogido; mis tres hermanos atienden anhelantes, aquél con actitud que finge indiferente, este con impaciencia que delata á la neurastenia; y el otro con alternativas de despreocupación y de interés que reflejan el ánimo de un enfermo ó de un desequilibrado. Mi media naranja se sofoca, se transfigura, se embelesa: se levanta rápida y me abraza frenética y se desploma avergonzada, llorosa y risueña. Mi suegra me come con la mirada, y ¡oh poder del arte! hasta se conmueve y se regodea pensando: ¡Qué buen ojo he tenido para

antesala á la cámara de las liberaciones y al apartamento del emperador, compuesto únicamente de una alcoba y un despacho. Un fuerte destacamento de granaderos montaba la guardia, bayoneta calada. Echamos pie á tierra; un oficial de órdenes se informó de nuestro nombre y desapareció, volviendo en seguida acompañado del general Duroc hombre de cuarenta años, delgado, seco, duro de facciones, de mirar desconfiado.

—¿El señor de Laval?—dijo dirigiéndose á mí, con tono obsequioso.

Yo saludé.

—Teniente, no tenemos ya necesidad de vuestros servicios—añadió, volviéndose á Gerard.

—Perdón, general; pero soy personalmente responsable del señor Laval.

—Entonces, entrad.

Penetramos en la tienda que estaba llena de oficiales de todas armas y grados. El traje de los marinos poseía una nota obscura en los grupos en que resplandecía el oro de bordados galones. Muchos estaban sentados en los bancos adosados á las paredes de lienzo estirado; pero los más de pie hablando en voz baja y gesticulando. Al extremo de la ante cámara había una puerta: la de la sala del consejo. De tiempo en tiempo un ayudante de campo rascaba suavemente á aquella puerta que

go porque Savary les hablase como acaba de hablaros. El emperador hará ciertamente algo por vos. ¡Cuidado, querido! aquí viene el propio M. de Talleyrand.

En efecto, un personaje de aspecto singular se adelantaba cojeando. Debía tener como cincuenta años, y era ancho de hombros, pero la cojera había encorvado su talla. Andaba lentamente apoyado en un bastón con puño de plata cincelada. Llevaba un traje negro sin bordado y medias del mismo color. Pero de toda su persona se desprendía tal autoridad que todos se apartaban ante él y lo saludaban.

—¿El señor de Laval?—interrogó, examinándome con ojo severo.

Yo hice sólo una inclinación de cabeza. Compartía la antipatía de mi padre por aquel clérigo renegado, político perjuro, aristócrata, regicida. Sin embargo, tan afable se puso, tan buen muchacho, que me fué imposible resistirle.

—Vuestro primo de Rohan y yo íbamos juntos de broma, en tiempos. Ya hace mucho, ¡ay!... ¡Cuántos cambios desde entonces! ¿No sois también pariente del cardenal Montmorency de Laval.

—Sí.

—Era un buen amigo mío. Me dicen que venís á ofrecer vuestros servicios al emperador, ¿es verdad?

X

LA ANTESALA

El campamento de Boulogne contenía ciento cincuenta mil hombres de á pie y cincuenta mil de caballería. La población de una gran ciudad de Francia. Se dividía en cuatro secciones: el ala derecha, la izquierda, el campo de Vimercux y el de Ambletense. El total cubría una anchura de una milla y se extendía unas seis millas á lo largo de la costa. Estaba descubierto de la parte de tierra, pero defendido por el mar con poderosas baterías de cañones y morteros de talla gigantesca. Las baterías estaban montadas sobre los peñascos, lo que aumentaba su fuerza de tiro y les permitía lan-